

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS PINTORES
JUAN LUNA NOVICIO



Lit. de Oro. Desequís. 74 y Carbon. P. Madrid.

Pintor de la buena raza,
de talento excepcional,
que empezó sentando plaza
de Capitán general.

SUMARIO

TANGO. De todo un poco, por Luis Taboada.—Contrarios, por José Estremera.—El fin de los amigos, por E. Segovia Boubertii.—Fulano de tal paritista & V., que se mata por Eduardo de Palacio.—Naturalismo crudo y otros estímulos, por Constantino Gil.—Un carácter, por Simón Delgado.—Contestación, por José Jackson Veyan.—Los ahorrados, por Guernsido Sánchez.—Clases y ejemplos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADO: Juan Lema Novicio, por *Mecachis*.—Ferrotrilli, por Moyá.—A lo que llegaremos, por *Mecachis*.



Desde que la prensa ministerial ha dado en calificar de cólicos asiáticos los producidos por el abuso del escabeche, los vecinos de Madrid se han dividido en espíritus flojos y espíritus enteros.

Los flojos de buena posición, al tener noticia de que había llegado el morbo, se apresuraron a tomar el tren sin despedirse ni aun de sus acreedores, y los que carecen de los recursos necesarios para eludir la muerte, andan por ahí con el semblante descompuesto y la mirada húmeda, preguntando a todo el mundo cuáles son los síntomas característicos de la dolencia y si podrían aplicarse al bacillus los polvos insecticidas que destruyen las chinches, pulgas, correderas y demás enemigos del reposo público.

—Ha habido un caso en la calle de la Ventosa.

—¡De la Ventosa!—exclaman con espanto.

—¿Qué? ¿Vive V. en esa calle?

—No; pero el queso de bola que estamos comiendo en casa, ha sido comprado ahí en una almoneda.

—No estaría de más que lo fumigasen VV. Las bacterias se desarrollan en el queso con pasmosa facilidad. No tiene V. más que ver el queso de Roquefort, que es un foco cólico de primera fuerza.

Hay espíritu flojo que todos los días, al saltar de la cama, cree sentir los retortijones del Ganges, y sin pararse a cubrir sus desnudeces, se presenta ante la asombrada consorte sudando a chorros.

—Sebastiana—dice,—si ves que me muero, no te alarmes. La llave del dinero queda colgada en la percha del pasillo; como voy a perder el conocimiento, te lo aviso antes, para que no os devanéis los sesos. ¡Abur!

—Azeleto, tú estás delirando.

—Todavía no, pero deliraré dentro de algunos minutos... ¡Ah! No te olvides de recoger el hongo que está a componer. ¡Ea, hasta otro rato!

Y se meten en la cama a esperar los calambres, como quien espera al recaudador de contribuciones.

Otras personas, de ánimo apocado, se pasan el día leyendo los periódicos y recortando todas las recetas contra el cólera que ven la luz en esta época. Su primera frase, al entrar en el café, es la siguiente:

—¿Cuántos han caído hoy? Dicen que aumenta. Después se extienden en consideraciones filosóficas sobre los designios de la Providencia y el anís del Mono, como desinfectante.

—Se ha observado—dicen a lo mejor—que el cólera ataca a los calvos.

—Y a los varigudos—añade otro.

—¡Hombre, sí! El año 67 todos los que sobrevivieron a la peste eran chatos, excepción hecha de mi cuñada, que parece una escurpia.

Hay otra observación importante. Los pantalones de cuadros predisponen a contraer la enfermedad. Se lo he oído decir a mi suegro, que estuvo en Asia más de dos años con una horchatería.

—Para evitar el cólera, conviene mucho el ejercicio nocturno y los rigos secos.

—Y los huevos duros.

—Y las uñas de municipal, disueltas en vino.

Los espíritus enteros se presentan, por el contrario, ante los asombrados ojos de sus amigos, con todas las apariencias del más olímpico desprecio a la vida.

—¿Será V. capaz de comer pepinos?—les preguntan con admiración.

—¡Tal... tal... tal! Y tronchos de col y tomates y todo cuanto se me dé, incluso hierba, si es necesario. Más miedo le tengo a un ojo de gallo que me salió en el dedo gordo el día que entró Martínez Campos, procedente del Norte, que a todos los cóleras conocidos.

—¿Que hombre!

—Mire V.: el año 55 vivía yo en la Cavabaja, y en el cuarto segundo se murió del cólera fulminante un sacerdote que no cabía por esa puerta. Pues yo, que le había estado asistiendo, en cuanto vi que cerraba el ojo, cogí el bonete y me mandé hacer un gorro griego para la oficina, y mi esposa, con la sotana, se hizo una manteleta.

—¿Qué horror!

—Pues no nos sucedió nada absolutamente.

Estos hombres así, equivalen a una fumigación, porque no hay quien deje de tranquilizarse oyéndoles asegurar formalmente que esa del cólera es una majadería y que si alguno sucumbe, bien merecido se lo tiene por bruto...

Los desinfectantes traen mareados a los vecinos de la calle Imperial, Duque de Alba y adyacentes. Muchas jóvenes han sido sometidas al humo y los aficionados a la carne ahumada se dedican a hacerles el amor aun a riesgo de coger uno que otro microbio.

—¿Qué tal?—preguntábamos a un vecino de la calle Imperial.

—Bien; pero estoy de desinfectantes hasta la coronilla. Todo me sabe a cloruro; hasta mi esposa.

San Antonio no ha obtenido el éxito de otros años. Llegó la verbena; los pechos jóvenes y tradicionalistas se estremecieron, y alguna pareja amante, menospreciando las reglas de la higiene, que condenan las aglomeraciones peligras, acudieron a la Florida.

Pero casi todos aquellos padres de familia que tenían por costumbre llevar a los chiquillos a comer buñuelos, acordaron retraerse este año para no excitar la ira de Dios, evitando a la vez los sacudimientos del estómago.

La verbena, por consiguiente, se ha visto poco animada, apesar de los esfuerzos de los chicos calaveras que nunca faltan a esta clase de diversiones, y que, con el sombrero echado hacia atrás, las manos cruzadas sobre la espalda y el puro entre los labios, recorren los puestos entonando alegres canciones y dirigiendo piropos a las chicas.

Así y todo, a un joven curial que se había excedido en el uso de los buñuelos y el aguardiente, le soltaron dos paños y varios metidos, y a un su compañero de glorias y fatigas, que resultó ser tenedor de libros de una tienda de sedas, le rompieron un botijo en la frente, y todo por haber querido abrazar a una chula que está en relaciones con uno del resguardo. Este, que es hombre de vigor, sacó la cara por ella, y si no le quitan al curial de entre las manos, lo hubiera arrojado contra una cesta de rosquillas, lo cual equivaldría a lanzarlo sobre el lecho de Procusto.

Fuera de este suceso, no ha habido más que una que otra puñalada, sin importancia.

Por eso decíamos que la verbena ha estado fría, dicho sea sin ánimo de herir la susceptibilidad de San Antonio.

Para contrarrestar los malos efectos de la enfermedad sospechosa, ha visto la luz pública un libro titulado *Pastillas de menta*, escrito todo él por un aplaudido autor cómico, que se oculta tras el pseudónimo de Gómez de Ampuero.

Las pastillas de menta, tal cual las ofrece el joven Gómez, sirven para alejar los pensamientos tristes, que son los microbios del alma, según dicen los inteligentes.

Y con esto no canso más.

LUIS TABOADA.

CONTRASTE

Tronaba el ronco cañón,
cuyo horrisono estampido
era el canto preferido
del sangriento Napoleón.
La lucha era horrible y fiera,
y la metralla silbando,
iba, implacable, sembrando
cañerías por do quiera.
Con increíble furor,
con entusiasmo indomable,
así era la formidable
hueste del Emperador.
En la confusión aquella,
sólo de avanzar se trata:
al que cae, se le mata;
al que cae, se le atropella.
Sigue la legión temida,
y, en su loco frenesí,
nada deja en pos de sí
que dé señales de vida.
Quedan partidas ensañas,
cordeles ensangrentados
y guerreros sepultados
bajo las ruinas caídas.
Y mira el Emperador

que va creciendo su gloria,
entre gritos de victoria
y entre gritos de dolor.
Pero nada hay que le espante;
y en aquella horrible lucha,
tan sólo una voz escucha:
la voz que dice: «adelante»
Junto a un gran charco formado
por caliente sangre humana,
vió un herido, y una hermana
de la caridad al lado.
La hermana, con el anhelo
de tierra madre alligada,
bálsamo daba a la herida
y al moribundo consuelo.
Cuando, con honda tristeza
el Emperador la vió,
hay quien dice que sintió
humillada su grandeza.
Y aquel hombre que jamás
domó su furia arrogante,
siguió, y gritando: «adelante»,
volvía el rostro hacia atrás.
— JOSÉ ESTRAMERA.

EL FENIX DE LOS AMIGOS

—Hola, Sebastián.
—Tú por aquí, Ricardillo! Toma asiento mientras pongo la dirección a esta carta.
—¿Es amorosa?
—Ya me conoces. El amor es una debilidad incompatible con mi carácter.
—Pero hay amores y amorios.
—Cuestión de nombre. Espera: Sr. D. Marcos Cordero...
—¡Calle! es a Marcos a quien escribes...
—Precisamente. Soy su brazo derecho, como ya sabes, y me confía sus negocios cuando tiene necesidad de ausentarse. Pero hablemos de ti: ¿Qué traes entre manos, Tenorio?
—Vengo a pedirte...
—¿Mal?
—No te alarmes. Traigo en los bolsillos una docena de canchales.
—¡Hombre! Así empieza a llamarse a los billetes rojos de veinticinco pesetas.
—Pues mira, me comprometa a servirme varios platos en cada comida.
—Lo creo.
—No tratándose de dinero, ¿qué necesitas?
—Un buen consejo.
—Eso no se niega a nadie, y menos a un amigo. Habla.
—Tú eres hombre formal y sesudo si los hay, yo un atolondrado, aunque en el fondo no soy de los peores. Me encuentro en un verdadero compromiso.
—¿De honra?
—De honrilla, vamos, de amor propio.
—A ver.
—Sin rodeos: la mujer de Marcos está dispuesta a concederme sus favores. No pongas esa cara de juez; espera...
—¿Ricardillo!
—Tengo pruebas evidentes.
—¿Falso!
—No, Sebastián. Cuando me decidí a hablarte con esta rudeza...
—Y si es verdad, ¿cómo vendes tan fácilmente un secreto de esa trascendencia?
—Poco a poco; quedábamos en que eres hombre grave y sesudo, y te supe a la parra a las primeras de cambio. Escucha y falla. La mujer de Marcos fue novia mía, mi primer amor. Cuando rompimos, nuestro amigo Cordero cayó en sus redes. Seguí frecuentando su trato con verdadera indiferencia; pero desde hace algún tiempo venía observando en ella síntomas claros...
—No te detengas.
—Señales de querer intimar algo más de lo conveniente para su reputación y para mi tranquilidad. Las sospechas de ayer son ya hoy realidades. Anoche se me descubrió en el baile de la Comedia...
—¡Infame!
—¿Cuál de los dos?
—Ella, ella... ¡Merécia ser juzgada con sujeción a la ley judicial!

—Te sublevas de un modo extraño, dado tu temperamento, Sebastián.
—La amistad que profeso a Marcos.
—Lo creo.
—Pero sigue, sigue. ¿Qué pasó en el baile?
—Que me cercioré de lo que te he confesado. Lola no ama a su marido y vuelve a mí... Pero no quiero darte ocasión para que otra vez me acuses de fatuidad. Precisaré la cuestión. Me encuentro en la alternativa de ser traidor a un amigo o de pasar por tonto a los ojos de su mujer. ¿Qué harías tú en mi caso?
—Eso no se pregunta.
—Eres un hombre severo, de una severidad ejemplar; pero hazte cargo.
—Alejate de esa infeliz.
—Y si, picado su amor propio, insiste?
—Siempre, siempre alejarte.
—Eso estaría bien si con mi alejamiento se librara Marcos de la desgracia que le anda rondando. Pero figúrate, Sebastián, que Lola, despreciada por mí, busca la revancha en otro, en ti, por ejemplo.
—¿Ricardo!
—No es más que una hipótesis.
—Ni aun así puedo consentir...
—Entonces Marcos no habrá ganado nada y yo habré perdido una gran ocasión, porque Lola es buen bocado.
—¿Y la conciencia?
—La conciencia...
—Basta. Estás decidido a no seguir más impulsos que los de tus pasiones; mis consejos serán perfectamente inútiles. Ahora debo hacerte una advertencia. Encargado de velar por los intereses materiales de Marcos, no puedo, en buena amistad, ser indiferente a los morales. Estoy decidido a provocar una explicación con Doñores, y si no la detengo al borde del abismo..., entonces, entonces lo sabrá todo Marcos.
—¿Hasta eso llegarías?
—Y más allá, si fuera necesario.
En seguida, volviendo sobre su propósito de ahorrarse consejos, Sebastián endereza al atolondrado y favorecido Ricardo una perorata, mitad discurso, mitad sermón, apelando a todos los sentimientos honrados de su alma, representándole con negras tintas el cuadro del amigo traidor, que, cien veces más infame que el ladrón de oficio, se prevale de la confianza en él depositada para robar lo que vale infinitamente más que todo el oro del mundo. Al final de la arenga, Ricardo, que en el fondo, como él ha dado a entender, no es mal chico, se levanta conmovido y abraza con efusión a Sebastián, diciéndole:
—Bien, Sebastián, bien; me has convertido, convencido y... Déjame que te abrace otra vez, fénix de los amigos. ¡Oh, si algún día me caso, nadie más que tú ha de ser el depositario de mi confianza!
Saluda a Sebastián y sale precipitadamente sin recoger el habano, que, recién encendido, humea sobre el cenicero.
Y el fénix de los amigos, paseándose agitado, exclama al alejarse el converso:
—¡Imbecil! ¡A Marquillos no se la pega nadie más que yo!
E. SEGOVIA ROCABERTI.

FULANO DE TAL
PARTICIPA A V. QUE SE MATA

Cansado ya de aburrirme
en esta país perdido,
esta noche me suicidó,
pero vengo a despedirme.
Cortesía o nimiedad,
la despedida es forzosa,
que el suicidio es una cosa
y otra cosa la amistad.
No encontrando a usted en casa,
he cumplido la etiqueta
de dejar a usted tarjeta
diciéndole lo que pasa.
No es la desesperación
la que me lleva a este exceso;
me suicidó, lo confieso,
por gusto y por convicción.
Como se quiere a una... hermana
quiero a una país... yo;
ella se mata, y yo no
dejo sola a mi paisana.

La quierdo... a más no poder,
y para ella soy esa vida,
y se mata y me convida
a viaducto ó revolón.
Al recibir como espero
esta prueba de cariño,
diga usted: «Ya está ese niño
en poder del puntillero.»
Y para que a nadie cueste
mi suicidio veinte reales,
me voy a los atrabales
del cementerio del Este.
Así se evita un derroche
la amistad, como usted ve;
y nadie dirá: «Gasté
cinco pesetas en coche.»
¡Era un hombre tan leal
(se dirá en cambio la genia),
que murió de consecuencia...
consecuente liberal.

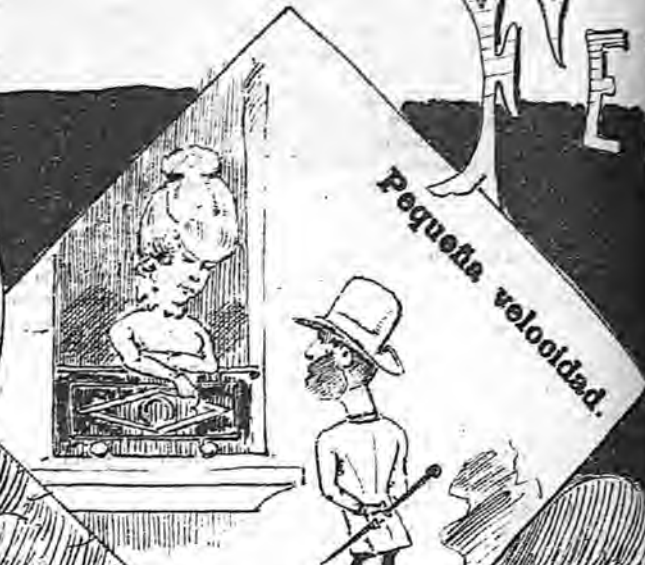
EDUARDO DE PALACIO.

VIA LIBRE

FERRO-CARRIL



Via libre



Pequeña velocidad.



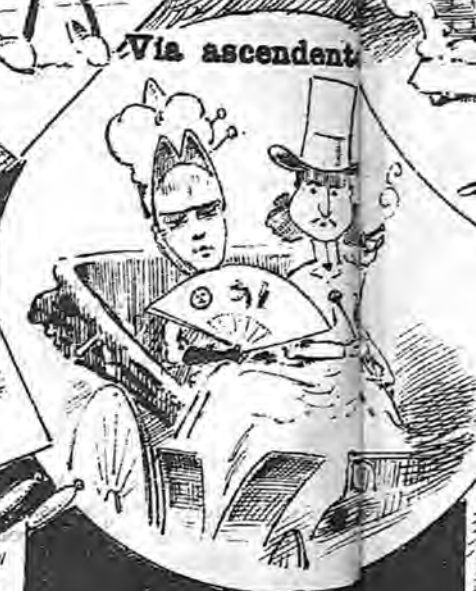
Gran velocidad.



Inauguración.



Explotación.



Via ascendente



Via descendente.



Descarrilamiento.



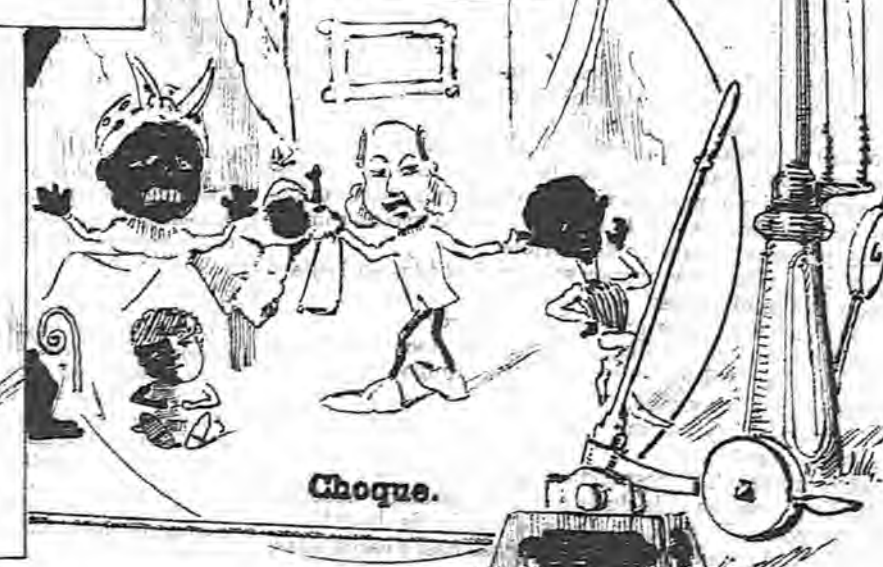
Tren de mercancías.



Cambio de vía.



Cruzamiento.



Choque.

NATURALISMO CRUDO

(CONTINUACIÓN)

El doctor Lejía encendió un cigarro puro, le dio dos ó tres chupadas, y después de mirarnos á todos uno por uno, y con gran pausa, se expresó de este modo:

—Ahora que estamos aquí hombres solos, debo manifestar y exponer á VV. con toda franqueza en qué consiste mi tratamiento: si á VV. les parece bien, procederemos inmediatamente á la curación de este señor—y me dió una cariñosa palmada en la mejilla derecha,—y, si no les agrada, me volveré á Cartagena y tan amigos como antes. V. se morirá y no hay nada perdido.

—Usted dirá, V. dirá—le digimos todos.

Y esperamos sus palabras con verdadera curiosidad.

—Hasta hace poco tiempo—continuó el doctor Lejía,—la medicina ha empleado para curar los cólicos ó las indigestiones, los vómitos, las purgas y las inyecciones á posteriori. Esto, en algunas ocasiones, cuando la magnitud de la enfermedad era muy considerable, no daba resultado, y los pobres enfermos se marchaban al otro mundo. Pero yo he resuelto el problema, y no se me muere ninguno. Pensando en esta dolencia—continuó sonriéndose siempre,—he dicho: ¿qué la produce? Una cantidad extraordinaria de alimento en un sitio que debía estar limpio. ¿No es eso? Pues bien; ¿no se lava la ropa sucia y se la plancha después para que pueda volver á usarse? Pues lavemos las tripas, y asunto concluido. Todo es cuestión de una lejía más ó menos fuerte y nada más.

—De manera—le dije al doctor—que me las va V. á echar en colada.

—Sí, señor, ¿por qué no?—me contestó él tranquilamente.

—¿Y cómo?—le preguntó mi hermano mayor.

—De una manera muy sencilla—repuso el galeno.—En cuanto esté preparada la lejía, le abriré al señor el vientre con mucho cuidado—y volví á darle otra palmadita en la cara;—después le sacaré los intestinos, con mucho cuidado también; nos iremos con ellos á la cocina, les daremos una buena jabonada, y una vez limpios, volveré á ponérselos en su sitio, le haré una costurita, en el lugar por donde los saqué, y hasta otra.

Excusado es decir que, tanto yo como todos los individuos de mi familia, estábamos pálidos y sentíamos que nos caía por las frentes un sudor frío, que nos helaba hasta los huesos.

—¿Hay nada más radical y más sencillo?—nos preguntó el doctor Lejía, acompañando sus palabras con una franca sonrisa.

—Sí...—le contesté temblando;—pero... ¿y si me muero mientras me lavan VV.?

—Eso depende de V.—respondió el doctor.

—De mí...—exclamé, lleno de miedo.

—Sí, señor—repuso el gran Lejía.—Con tal de que V. permanezca inmóvil sin respirar, apenes, sin dar una voz, sin pensar en nada, si eso es posible, mientras echamos en remojo lo que ahora le mortifica, nada le pasará á V. y mañana ó pasado podrá V. volver á atracarse nuevamente de lo que quiera. Pero si V. se mueve, si grita, si se altera, aunque sea lo más mínimo, cuando volvamos con la ropa limpia, por decirlo así, estará V. ya caminito del otro mundo. Ahora—añadió levantándose—VV. decidirán.

Y empezó á pasearse tranquilamente por la habitación.

Hubo una gran pausa, durante la cual ni mis hermanos, ni mis primos, ni yo, nos atrevimos á decir una palabra. Todos nos consultábamos con la mirada y nadie osaba romper aquel silencio, que tenía algo de terrible.

De pronto, mi hermano mayor se acercó al famoso Lejía y le dijo con voz temblorosa:

—Pero, ¿V. nos asegura que no hay peligro?

—Si se hace lo que yo digo—contestó el doctor,—dentro de un par de días podrá venir á comer conmigo en mi casa de Cartagena. Yo le convido.

—Y...—murmuré yo,—¿me hará V. mucho daño para sacarme... todo... eso?

—¿Daño? ¡maldito!...—respondió el gran operador.—Cuando quiera V. pensar en si le duele ó no, ya estamos nosotros con todo eso, como V. dice, en lo más hondo de la caldera. ¡Verá usted, verá usted!—prosiguió riéndose casi á carcajadas;—dará gusto verlas después de la colada!

—Entonces...—murmuró mi hermano Pedro.

—En ese caso...—exclamó Juan.

—Si es así...—dijo mi hermano Manuel.

—Si es una cosa tan sencilla...—balbucearon los otros dos.

—¿El, él es quien se ha de decidir!—contestó el incomparable Lejía, acercándose al cajoncillo de esoba que había traído y dejado sobre una silla.

—¿Yo?—murmuré aterrado.

—Sí, V. ¡V. solo!—repuso el doctor.

—¿Tú...—exclamaron á coro todos mis parientes.

Entonces yo, sin saber lo que decía, lleno de espanto por la explicación que había oído, aterrado por los dolores que sufría en aquellos momentos, dejé caer mi cabeza sobre la almohada, y murmuré con voz moribunda:

—Bueno... si no hay otro remedio, que me las saquen... me las laven... me las almidonen... me las planchen... y les echen unas media suelas, si es necesario.

—No, no creo que habrá necesidad de tanto—me contestó el doctor;—pero ya que está V. resuelto, aprovecharemos este ánimo que en V. veo, y que me complace en extremo, porque es garantía del éxito de la operación, para practicarla inmediatamente.

Y uniendo la acción á la palabra, abrió el cajoncillo de esoba, sacó de él unas descomunales y brillantes tijeras, y levantándose hasta el codo las mangas de la levita, con lo que descubrió dos brazos negros, huesosos y peludos, se acercó á mi cama con aire risueño, y me dijo:

—Eh, amigo mío, nada de temor, porque esto es cosa de juego!

Entonces, mi hermano mayor se aproximó á él, y le dijo en voz baja, pero no tanto que yo no lo oyera perfectamente:

—Diga V., señor doctor, ¿conviendría darle un poco de cloroformo para que no sufriera tanto?

—¿Cloroformo?—repuso el doctor Lejía con desprecio.—

¡En mi vida he usado el cloroformo para estos casos! Si tienen VV. por ahí medio chorizo ó un buen trozo de longaniza, dáselos al paciente, acompañados de un vaso de vino de Valdepeñas, que con eso no se desmayará ni sentirá apenas la operación.

—¿Quieres algo de lo que dice el doctor?—me preguntaron.

—Bueno—respondí con voz quejumbrosa,—y si hay por ahí un poquito de guindilla, que me lo den también, porque ahora parece que no me siento tan malo.

—Lo ven VV.?—exclamó el famoso Lejía con aire de triunfo.—Aún no hemos empezado, y ya está mejor.

CONSTANTINO GIL

(Se continuará.)

UN CARÁCTER

Es don Pedro, de Montilla gala y honra de los tercios, esperanza de doncellas y terror de los mancebos. No hay mozo mejor plantado, más bravo y más pendenciero entre los que hacen la guerra en los países flamencos, y cuando entorna los ojos, que son rasgados y negros, no hay dama sensible y dulce que no se muera por ellos. Tanto ha crecido su fama en villas y campamentos, que cuando luce su porte garboso, pisando recio, la mano en los gravilanes y el empuzo hasta el sombrero, va sembrando en los cobardes odios, envidias y miedos y en las muchachas hermosas deseos, ansias y celos.

Cuando él se aproxima á un corro y lanza la voz de ¡luego! se paran los culiegos como asustados del reino, y al fin, al cabo, á su bolsa viene á parar el dinero. Si hace trampas, se las pasan y le dan gracias por ello, y cuando pierde, no pierde, porque lo recobra luego, si no metiéndolo en bolsa, sacando afuera el avaro. ¿Pues, y siguiendo tapadas, burlando maridos nuevos,

gannando ductas con tocás y barbudos escuderos? No hay virtud que le resista, ni amor que no tenga precio, ni obstáculo que no salve, ni fidelidad de hierro. Y así se pasa la vida rico y triunfante don Pedro, temido de medio mundo y adorado al otro medio.

Una noche, conversando á la reja con su dueño, que es una moza trigueña tan hermosa como el cielo, oye pasos en la calle, ternia la capa resuelto, y lanza, cayendo al guardia, un—¿quién val—abrante y seco. —Y á usé que le importa—dice el que viene, allí á lo lejos. —¿Pues no se pasa?

—¿Que no? —Dios que lo veremos.— Y se acercó lentamente con intenciones de verlo. Llegóse al bravo la sombra, le dió un bofetón soberbio y cayó la espada rota y los dientes por el suelo. Tiro don Pedro la capa, dióle el corazón un vuelco... y, según cuenta la historia, todavía está corriendo.

SINESIO DELGADO.

CONTESTACIÓN (2)

Del setemesino amante
ahí va la carta quejosa.
(Habrá algún lector tunante
que, aunque yo la escribo en prosa,
me coja algún consonante.)

Sin retraso de un instante llegó, Petra, tu preciosa misiva á mis manos, cosa que me ha extrañado bastante. Siempre clamé por el mal servicio del interior y hoy lo aplaudo. ¡Hágase honor y justicia á cada cual! Gloria al interior propicio, porque, la verdad es que tan barato poco se puede pedir al servicio! Lo cierto es que recibí tu carta, que mi amor trunca, pues lo que me dices nunca me lo esperaba de tí. Cuando vuestras peloteras fui de los primeros en gritar para vuestro bien «¡Que suelten las cigarreras! Aunque promuevan desorden, soltarlas, que no faltaron!...» Y en efecto, me soltaron dos palos de primer orden. Dos *géfifs*, insensata, le diste á tu *guardia de á pie*. Yo dos palos me gané; de modo, chica, que *pata*. Impresión no me han causado, aunque fueron de revés... ¡soy estudiante... ya ves tú si estaré acostumbrado! No esperes que me anonee tu *desden*, y aunque no *accedes* á mi amor por *fojo*, puedes fumar lo que más te *agrada*. Respecto á lo que *bravzas*, no hay chulo que á mí me *asombra*, y en la calle *soy un hombre*... por más que tú no lo *creas*. Fuerte caudal atesoro de valor, y muy sereno, en *abundando al terreno* del pundonor, soy un toro. En conquistas soy un Cid Campeador, si por Dios; y de noche, *de una á dos*, voy al café de Madrid. Por cierto que en el café debo aún, que es lo más triste, tres *bifeks* que te comiste una noche y no pagué. No se fió el muy ladino del mozo y al irme, es llano, dejó un gabán de verano con forros de satén chino. Sabe, pues, Petra tirana, que *amenazas* no soporto de ninguno, y que me corto el pelo á la *sevillana*. Soy un *barbián de mistó*, y mi flamenca patilla es de esas que pinta Gilla en los tipos como yo. Me ha *picado* tu frescura; á mí no se me da un mico, y sabes que si me *pico* tengo mala *picadura*. Si de hablarme te *desdoras*, mándame á ese coracero, que viniendo un *caballero*, yo recibo á todas horas. El rizo que en tu desvelo me diste, ahí te lo envío, y dispensa, dueño mío, si es que le falta algún pelo. La cosa está terminada con esto y no guardo *encono*. Los *bifeks* te los perdono; conque, no me *guelvas* nada. Me quedo tan satisfecho con que hayamos concluido: Tuyo: Liborio Torcido, estudiante de derecho.

Del rompimiento oficial
antes que el papel se pierda,
saqué copia literal,
y doy fe de que concuerda
con el propio original.

JOSÉ JACKSON VEYÁN.

LOS ABURRIDOS

Hay muy cerca de Madrid,
á una legua y media larga,
un sitio que se le nombra
vulgarmente *Casa Blanca*.
En aquella posesión,
vigilada por un guarda,
se reúnen los domingos
á pescar en una charca
unos cuantos *caballeros*
que á mí me hacen mucha gracia.
Estos suelen ser obreros
que, no encontrando en su casa
placeres van á buscar
una diversión tan rara.
Después de estar los seis días
machuca que te machaca,
sin culpa por enmendarse
al Padre Eterno la plana
(que á séptimo descansó),
salen tocando las palmas
antes del amanecer
del domingo con su carga,
sin detenerse en instante
para llegar allí al alba.
Luego que ya han arreglado
sus anzuelos en la caña,
se llevan las buvas muertas
esperando que el pez ciga,
aguantando los mosquitos
y el chirrido de las ranas.

A lo mejor suelen ver
un cornipeño que avanza
de los que pastan allí
en la próxima torada;
y aunque el animal los mira,
sonríe, *ma guarda e pasa*,
lo que es un sustillo bueno
de seguro se le mamán.
Así se pasan el día,
y tienen por una ganga
haber podido pescar
un panzudo ó una carpa.
Algunas veces sucede
que, perdiendo la cachaza,
se juntan en la casilla
á remojar la palabra;
y charlando de la pesca,
pescan una buena *manga*
que los convierte en corambres
de las que vienen de *Arganda*.
Después vuelven á Madrid,
como es natural, con ansia
de descansar y tirarse
como zaques en la cama.

Pero señor, ¿estos hombres
encontrarán la vida gratis?
¡Deben estar *aburridos*,
á no ver la tostada!

GUM. RINDO SÁNCHEZ.



Felicito cordialmente á la compañía italiana que actúa en la Alhambra.

No porque me den billetes, que no me los dan, ni yo se los pido, sino porque es digno de elogio y me gusta muchísimo la primera dama. En prueba de ello, me gasto todas las noches una peseta.

¡Eso que hacen algunas funciones para mí solo!



¡ES CLARO!

Rita, tú destén alevé,
Rita, me alienta y me incita,
Rita, y venceré en breve...
Siendo yo fuego y tú nieve,
¿no quieres que te derrita?



Dos trenes expresos ha tenido que añadir á los ordinarios la empresa del ferrocarril del Norte, en vista de que á medio Madrid le ha dado por tener miedo al cólera.

¡Vayan VV. con Dios! convécinos apreciables; pero aquí conservaremos el *pacillus* para cuando VV. vuelvan á principios de octubre.

¡Entonces será el llorar y el crujir de dientes!



La digna *autoridad*, á quien adoro,
nos saturará de cloro.
¡Vive Dios, que si salvan los cloruros
estamos bien seguros!



Cuando ellas quieren...

Así se titula el tomo 15 de la *Biblioteca Demi-monde* que acaba de publicar la casa editorial de Bueno y compañía. Es un tomito de 80 páginas, escritas con esa gracia picaresca á que debe el éxito esta biblioteca.

El autor es Gómez de Ampuero, ciudadano particular que ha llegado á ser una especialidad en esto de la pornografía.

¡Dios le perdone!



Ayer decía Clemencia,
toda confusa y turbada,
que estaba muy preocupada
por un *caso* de conciencia...
Y su esposo echaba truenos
y hecho una furia decía

que lo que á él le sucedía
no era *caso* para menos.
Lo supo la autoridad,
y yendo sobre seguro
con vigor y brevedad,
¡ha llenado de cloruro
á toda la vecindad!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. A. H.—Zaragoza.—No está mal, pero no me satisface del todo, porque está muy diluido el asunto.

Sr. G.—Madrid.—Aquí no hay mayor ni menor interés; créame V. á mí. Lo que hay es que esta composición es de índole particularísima y no interesa al público.

Sr. D. J. S.—Madrid.—¡Bien, hombre! ¡Copia V. sin ortografía un soneto de Santa Teresa y lo firma V. tan satisfecho! Pero V., ¿por quién ha tomado á Santa Teresa?

Sr. D. M. P.—Madrid.—Está admirablemente imitado el estilo, pero tiene algunas incorrecciones de forma.

Sr. D. A. R.—Madrid.—Escabroso el asunto ¡y tan escabroso!

Sr. D. B. C.—Santander.—Eso es muy difuso. Casi no se entiende cuál es el verdadero asunto.

Sr. D. K. C.—Madrid.—¡Si no fuera tan serio! Pero es muy serio.

Sr. D. A. R.—Jerez.—Los versos resultan muy forzados por el afán de incluir en ellos frases determinadas. Además, ello es muy trillado.

Sr. D. P. R.—Madrid.—El dibujo está flojo, y la copia que le acompaña es atroz.

Sr. D. R. B.—Madrid.—Los que no pecan de inocentes, pecan de verdes. Hay uno que arde en un castillo.

(2) Véase el núm. 114.

A LO QUE LLEGAREMOS



—¿Y cómo papaito
á decir —¡no!— se atreve
si tienes tú seis años
y yo voy para nueve!

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Precios de suscripción

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

Precios de venta

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores 10 céntimos número.
Las suscripciones empiezan el día 1.º de cada mes, y en
provincias no se admiten por menos de seis meses.
No se sirven al pedido no se acompaña su importe.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, Costanilla de los Angeles, 7, prel.
DESPACHO, TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

7, MAGDALENA, 7, ENTRESUELO

LA CONFIANZA

EN VEINTICUATRO PLAZOS SEMANALES

Trajes á medida, lencería, camas, colchones, colchas, mantas, mantones,
muebles y otros muchos efectos. Todos los efectos son superiores, y pre-
cios baratísimos, á lo que debe esta casa el gran favor que el público la
dispensa. En las ventas al contado precios sin rival.

MADRID POLÍTICO

REGALO A LOS SUSCRITORES

DEL

MADRID CÓMICO

NÚMERO SUELTO 15 CÉNTIMOS

AL POBRE DIABLO

14, DESengaño, 14

Casa especial en calzado de ca-
ballero por lo elegante en la forma,
y por su mucha economía.

PINETAS DE NOVEDAD
EN CELULOIDE

Es una pasta que sustituye vesta-
jamentos á la coucha, en color rubio
ó jaspeado, con la inmensa ventaja de
que son imrompibles. Gran surtido y
variedad de dibujos, pudiéndose ha-
cer toda clase de encargos, en las for-
mas y tamaños que se pidan.

Perfumería de Pique, Carmen, 1

COMPANÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA

CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFÉS

24 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARIS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESTABLECIMIENTO LITOGRAFICO
DE

LUIS BRAVO Y PEÑARROCHA

Desengaño, 14, y Carhón, 7—MADRID

En este establecimiento se hacen toda clase de trabajos litográficos con
perfección y economía.